

DE LOS SIGNOS (SACRAMENTOS) A LA FE EN LA PRESENCIA REAL DE JESÚS ENTRE NOSOTROS

PUNTO DE PARTIDA

Nuestra existencia ha sido asociada a la de Cristo, por eso tenemos esperanza

Seguro que a lo largo de la vida habrás pasado más de una vez por la experiencia del fracaso, de la frustración, del desconsuelo, de la rabia y de cosas parecidas; son esos momentos en que pensamos si merece la pena tanto esfuerzo, tanta lucha e incluso tanta ilusión, si luego nos vienen batacazos tan fuertes, si la vida es tan injusta.



Este tercer domingo de Pascua intenta ofrecernos una gran luz: «mi carne descansa esperanzada. Porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción». Y todo eso es posible porque «Dios resucitó a este Jesús» y «ahora, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido».

En los signos sacramentales de la noche de Pascua, la Iglesia lo que buscaba precisamente es que comprendieras que has sido asociado a la suerte de Cristo: *a su muerte*, de ahí que fueras sumergido en el agua, y *a su resurrección*, y eso es lo que significó tu salida de las aguas.

La Iglesia te invita a que comprendas que tu existencia está asociada para siempre a la de Cristo, y que de este modo puedas vislumbrar el sentido de lo que aparentemente es un sinsentido: el sufrimiento, el fracaso, la traición, la injusticia y la muerte de los inocentes. Porque, al igual que Cristo no fue abandonado por Dios en el sepulcro ni conoció la corrupción, tampoco los que son de Cristo serán vencidos por la muerte ni su destino último es la corrupción.

La Iglesia te invita asimismo a que comprendas que has sido amado hasta tal punto por Dios, que no ha dudado en entregar a su propio Hijo para rescatarte «de tu proceder inútil». Y si somos conscientes de haber sido rescatados por la sangre de Cristo, *debemos tomarnos muy en serio nuestro proceder en esta vida*.

Por último, en este tercer domingo de Pascua, la Iglesia nos invita a abrir la mente y el corazón, endurecidos por tantas penas, para saber reconocer a Jesús resucitado en medio de nosotros. Para reconocerle en los compañeros de camino, en aquellos que se interesan por nosotros y nos preguntan cuando nos ven cariacontecidos; para reconocerle igualmente en aquellos que aceptan nuestra hospitalidad y a los que sentamos a nuestra mesa para compartir con ellos la casa y el pan. Pero nos invita sobre todo y fundamentalmente a reconocerle en las Escrituras y en la Fracción del pan. Quizás los ojos de nuestra cara no le puedan ver, mas el fuego que él enciende en nuestros corazones nos asegura que está entre nosotros y que nunca nos va a abandonar.

LA PALABRA DE DIOS

- Primera lectura:** *No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio*
Hechos 2,14.22-33
- Salmo responsorial:** *Señor, me enseñarás el sendero de la vida*
Salmos 5,1-2.5.7-8.9-10.11
- Segunda lectura:** *Os rescataron a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto*
1 Pedro 1,17-21
- Evangelio:** *Lo reconocieron al partir el pan*
Lucas 24,13-35



LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA

- Estas palabras del papa Benedicto XVI nos invitan a leer la historia de nuestra propia vida a la luz del relato de Emaús.
- El relato nos invita a situarnos en nuestros momentos de fracaso, de desesperanza, de decepción y de abandono por parte de Dios, para comprenderlos como una oportunidad para nuestra maduración, purificación y crecimiento en la fe.
- Escuchemos su Palabra y alimentémonos con el pan que el Señor bendice y reparte entre nosotros, que no es otro sino él mismo en la Eucaristía.

EL CAMINO DE EMAÚS, CAMINO DE MADURACIÓN EN LA FE

La localidad de Emaús no ha sido identificada con certeza. Esto nos permite pensar que Emaús representa en realidad todos los lugares: el camino que lleva a Emaús es el camino de todo cristiano, más aún, de todo hombre. En nuestros caminos, Jesús resucitado se hace compañero de viaje para reavivar en nuestro corazón el calor de la fe y de la esperanza y partir el pan de la vida eterna.

En la conversación de los discípulos con el peregrino desconocido impresiona la expresión que el evangelista san Lucas pone en los labios de uno de ellos: «Nosotros esperábamos...» (Lc 24,21). Este verbo en pasado lo dice todo: *Hemos creído, hemos seguido, hemos esperado... pero ahora todo ha terminado*. También Jesús de Nazaret, que se había manifestado como un profeta poderoso en obras y palabras, ha fracasado y nosotros estamos decepcionados.

Este drama de los discípulos de Emaús es como un espejo de la situación de muchos cristianos de nuestro tiempo. Al parecer, la esperanza de la fe ha fracasado. La fe misma entra en crisis a causa de experiencias negativas que nos llevan a sentirnos abandonados por el Señor. Pero este camino hacia Emaús, por el que avanzamos, puede llegar a ser el camino de una purificación y maduración de nuestra fe en Dios.

También hoy podemos entrar en diálogo con Jesús escuchando su palabra. También hoy, él parte el pan para nosotros y se entrega a sí mismo como nuestro pan. Así, el encuentro con Cristo resucitado, que es posible también hoy, nos da una fe más profunda y auténtica, templada –por decirlo así– por el fuego del acontecimiento pascual; una fe sólida, porque no se alimenta de ideas humanas, sino de la palabra de Dios y de su presencia real en la Eucaristía.

BENEDICTO XVI, *Homilia en el Angelus del 6 de abril de 2008*



MENSAJE CRISTIANO

Jesús resucitado viene a encender de nuevo el fuego de la fe

1 LOS DISCÍPULOS AÚN NO RECONOCEN AL RESUCITADO

■ Dos discípulos iban andando

El domingo pasado, el evangelista san Juan nos describía a los discípulos encerrados en una casa por miedo a los judíos. Este tercer domingo, dos de ellos van de camino. De camino, como nos decía el papa Benedicto XVI, a un lugar que no está en ninguna parte, como tantas veces nos sucede en la vida. Porque andamos y andamos, damos vueltas y más vueltas, pero si nos preguntan: ¿adónde vas?, a lo mejor no sabemos qué decir.

Seguro que eso te pasaba también a ti antes de conocer a Cristo, mientras que ahora, una vez que te has encontrado con él, tu caminar empieza a tener verdadero sentido.

De todos modos conviene estar atentos porque el camino es largo y, en más de una ocasión, nos puede asaltar la duda de hacia dónde se encaminan nuestros pasos.

Estos dos discípulos, que hoy vemos alejarse tan tristes de Jerusalén, vivieron junto a Jesús momentos muy felices. Como el resto, cuando le conocieron, creyeron que era realmente «un gran profeta, poderoso en obras y en palabras»; más aún, llegaron a tener la fundada esperanza de que iba a ser el futuro liberador de Israel y, claro está, lo siguieron llenos de esperanza.

Tú también has creído en Cristo y has puesto en él toda la esperanza, por eso es conveniente que te dejes iluminar por lo que les sucedió a los de Emaús, de manera que el escándalo de la cruz no te lleve a escandalizarte del Mesías, *y puedas comprender que era necesario que padeciera todo eso para entrar en su gloria, y le puedas reconocer en las escrituras y la fracción del pan.*

■ Jesús en persona se acercó pero sus ojos eran incapaces de reconocerlo

Ya hemos hablado en múltiples ocasiones de la necesidad de dejarnos iluminar por la luz de la fe, pues sin ella nuestros ojos, aunque vean, no sabrán reconocer e interpretar los signos que Dios nos pone delante; y aun sin serlo en realidad, sin embargo, estaremos verdaderamente ciegos.



Debemos aprender, por tanto, y no olvidar tantas circunstancias, acontecimientos, personas, etc., que ahora somos capaces de reconocer como signos, lugares y experiencias de la presencia de Dios en nuestra vida. Y debemos recordar y profundizar en el cómo y en el por qué han llegado a ser lo que son para cada uno de nosotros. Esos memoriales nos ayudarán a vivir de la fe, sobre todo en los momentos más difíciles, cuando nuestros ojos sean incapaces de ver y reconocer que el Señor camina a nuestro lado, como caminaba con los de Emaús sin que ellos lo supieran.

■ ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?

Jesús resucitado sigue actuando con la misma lógica de la revelación divina: Dios se abaja para entrar en la vida de los hombres y dar respuesta a esos interrogantes que se hacen continuamente a propósito del sentido de las cosas y de los acontecimientos. Ese es precisamente el camino por el que Dios se encuentra con el hombre y el hombre con Dios.

Ahora que ya has recibido los sacramentos de la Iniciación Cristiana convendrá, por tanto, que reflexiones y mucho sobre cómo Dios se ha acercado a ti y cuáles han sido los puntos de interés que te han llevado a preguntarte por Dios.

De este modo, podrás aprender a hacer tú lo mismo con tantas personas como te encuentras en el camino y que se preguntan sin hallar respuesta. Será necesario escucharlas, sintonizar con sus problemas y dificultades, tomar en serio sus búsquedas para, luego, saber conectarlas con la fuente y el manantial capaz de saciarlas y de darles una respuesta plena.

Con estas palabras nos hablaba un importante papa del siglo pasado, Pablo VI, gran impulsor de la nueva evangelización y de la necesidad del diálogo con el hombre de nuestro tiempo para poder llevarla a cabo:

«Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; hace falta compartir —sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible— las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el mismo hecho con el que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad; más todavía, el servicio. Hemos de recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó»

PABLO VI, *Ecclesiam suam* 33



■ ¿Eres el único forastero que nos sabes lo que ha pasado?

Al igual que el salmista que en su oración expresa la preocupación que sentía porque quizás el Señor no ve, no oye, no escucha, no hace caso (cfr. Sal 22,3), está como dormido (cfr. Sal 35,22-23), nos tiene olvidados (cfr. Sal 42,10), esconde su rostro, olvida nuestra miseria y opresión (cfr. Sal 44,25), nos rechaza y no se entera de nuestra situación (cfr. Sal 88,15), también Cleofás, uno de los dos que iban de camino, pensaba que aquel caminante no sabía nada y era necesario informarle.

Nuestra oración muchas veces consiste en eso, en expresarle al Señor nuestros afanes, nuestras angustias, nuestras preocupaciones y frustraciones, nuestros fracasos y nuestros miedos. Pero es necesario estar convencidos de que Dios ya conoce todo eso y que en verdad se interesa por nosotros.

Tanto le importamos que, además de “samaritano” que nos salva y cuida de nuestras heridas, se ha hecho amigo y compañero de viaje de todos nosotros. Jesús es un amigo que nos escucha, por eso hacemos bien en hablarle de nosotros y de nuestros problemas, de nuestras esperanzas frustradas, de nuestros sueños nunca cumplidos, de cómo le vemos a él y de cómo nos lo representamos, del impacto que provocan en nuestro corazón las luchas y los avatares de la vida, de lo mucho que nos cuesta creer a aquellos que dicen que Jesús ha resucitado y que está vivo, de nuestra incapacidad para poderle ver y reconocer a nuestro lado.

Cuando le hablamos a Dios de nuestras cosas, aunque sea para lamentarnos, Dios mismo se encarga de ir abriéndonos el corazón, los oídos y los ojos, hasta que seamos capaces de reconocerle y de entender nuestros fracasos bajo el prisma de una nueva luz.

■ ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?

El que pregunta debe estar también dispuesto a escuchar la respuesta de su interlocutor. Jesús escuchó a los discípulos de Emaús y les prestó toda la atención que necesitaban, pero, luego, también les habló con toda claridad y verdad, aunque alguna cosa a simple vista pudiera sonar a dura recriminación (¡qué necios y torpes sois!). Sin embargo, no es así, Jesús tan solo quería avivar en lo más profundo del corazón de estos dos hombres desencantados, el fuego del amor divino, la llama de la ilusión que comenzaba a apagarse.

Jesús va, pues, al grano, quiere que aquellos dos discípulos salgan del letargo producido por el horror de haberle visto crucificado y que, de una vez por todas, vean con ojos nuevos la situación.

Como a los Once en el cenáculo, también a estos dos Jesús les recrimina su falta de fe. Tantas veces se lo habían oído decir: *¡Basta que tengas fe!; ¡tu fe te ha salvado!* Los apóstoles y discípulos de hecho le pidieron a Jesús que les aumentara la fe (cfr. Lc 17,5). Pero ellos estaban cerrados, les costaba dar el salto, no querían ni oír hablar de que *el Mesías tuviera que padecer*. Sin embargo, Jesús en diferentes momentos a lo largo de su ministerio público, les había instruido al respecto (cfr. Mt 16,21; 17,22-23; Mc 8,31; 9,31, 10,33-34; Lc 9,22-44); «pero ellos no entendían lo que les quería decir; les resultaba muy oscuro y tenían miedo de hacer preguntas sobre ello».



2 EL ENCUENTRO CON EL RESUCITADO

■ Quédate con nosotros

Este es el punto de inflexión del relato: Jesús que hace ademán de seguir adelante y los discípulos que le apremian para que se quede con ellos.

Esta actitud es la que nos abre la puerta de la fe, la puerta del encuentro con Jesús resucitado. Porque es verdad que el escándalo de la cruz, del dolor, de la injusticia, de los malos tratos, de la maldad a la que puede llegar el ser humano pensando incluso que así está dando gloria a Dios, etc., nos aleja una y otra vez de Dios y de su amor.

Son situaciones muy concretas y reales las que nos hacen dudar de que Dios exista y de que si existe sea bueno; como el salmista y tantos justos del Antiguo Testamento, podemos incluso llegar a pensar si Dios no estará aliado con los que obran el mal, porque parece que a ellos les va bien en la vida y son felices (cfr. Sal 37)...

Dios no se escandaliza de nuestras dudas ni de nuestras resistencias a creer. Dios lo que busca es que, a fin de cuentas, nos fiemos de Él y nos acojamos a Él y a su palabra. Y eso fue lo que hicieron los discípulos de Emaús cuando le pidieron que se quedara: se acogieron a Él.

■ Y entró para quedarse con ellos

Dice Jesús en el libro del Apocalipsis: «Estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20). Pues bien, esto es lo que les sucedió a los de Emaús, que abrieron la puerta de su casa al peregrino que se puso a caminar con ellos, y él no dudó un instante en entrar y compartir la mesa que le ofrecieron.





La actitud de la fe es abrir la puerta al otro, al que nos sale al encuentro, aun sin saber que quien llama es el Señor. La fe, por tanto, siempre supone un riesgo, un salto, un mirar más con el corazón que ya arde interiormente que con los ojos todavía incapaces de ver más allá de las apariencias.

Seguro que de esa incertidumbre, de ese no saber si dar el paso o no, del vacilar entre abrir la puerta o mantenerla cerrada, sabe mucho cada catecúmeno, cada hombre o mujer de fe. Y qué atentos debemos de estar una y otra vez a lo largo de la vida para no volver a cerrar las puertas de nuestro corazón y retomar posturas de incrédulos más que de creyentes. Y es que a Dios nunca le vamos a poder domesticar. El Señor nunca dejará de sorprendernos y siempre tendremos que estar atentos para saber por dónde vendrá, qué apariencia tendrá, bajo qué capa se nos presentará, etc., una y otra vez tendremos que arriesgarnos y abrirle; una y otra vez tendremos que sentarle a nuestra mesa y compartir con él el pan.

■ Se les abrieron los ojos

El anhelo más profundo de todo hombre es ver a Dios, pero Dios no es ninguna cosa de las que caen bajo nuestra experiencia; Dios siempre está más allá. Por eso, aunque esté presente en todas las cosas porque todas llevan la huella de su autor y, sobre todo, se haya hecho visible en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, para verle y reconocerle necesitamos algo más que los ojos de nuestra cara. Nuestra mirada debe ser iluminada por la luz de la gracia, por la luz de la fe, que es siempre un don que recibimos sin merecerlo; es pura dádiva divina. Eso es lo que les pasó a los de Emaús, es lo que le pasó a María Magdalena, al apóstol santo Tomás, a Pablo en el camino de Damasco, y lo que nos ha pasado a cada uno de nosotros, pues reconocemos que, si no hubiera sido por la gracia de Dios, difícilmente habríamos dado el salto de la fe.

¡Y qué diferentes se ven las cosas cuando acogemos la luz de la fe! Curiosamente, los de Emaús eran incapaces de reconocerlo mientras Jesús caminaba con ellos y ahora que ya no le ven con los ojos, sin embargo, tienen la absoluta certeza de que está con ellos, presente y vivo en las Escrituras, en la fracción del pan, en los hermanos con quienes se comparte la casa y la mesa.

Por eso, a los creyentes la Iglesia nos invita a vivir desde la fe, una fe que ilumina nuestros ojos para poder reconocer a Jesús en los signos sacramentales que nos ha dejado para poder experimentar (desde esa fe) su

presencia entre nosotros hasta la consumación de los siglos, sobre todo, su presencia en los hermanos, en la Palabra y en la Eucaristía.

■ Volvieron a Jerusalén

El Señor resucitado reúne a aquellos a quienes el escándalo de la cruz había dispersado. Los dos discípulos vuelven a donde están los hermanos, a Jerusalén con los once y los demás. Se vuelve a reconstruir la fraternidad, que no está huérfana, porque en medio hay uno que ha recibido la misión de «confirmar a los hermanos en la fe»: Simón Pedro (cfr. Lc 22,31-32).

Este evangelio, por tanto, nos invita a permanecer en la comunión de la Iglesia y a no alejarnos de ella por ningún motivo. En la Iglesia siempre estará Pedro y el ministerio apostólico para que cada uno de nosotros persevere en la fe hasta el final.

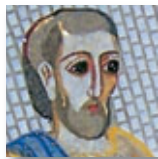
Al igual que la experiencia de los discípulos de Emaús, que ellos compartieron con gran alegría con el resto de los hermanos, también nosotros debemos compartir, en el seno de la Iglesia, el gozo de habernos encontrado con Jesús, de haber escuchado su Palabra, de haber comido con él a la mesa el pan, de que se abrieran nuestros ojos y de haberle reconocido real, vivo y presente en medio de nosotros.

Este es el principal fin de estas últimas catequesis: compartir con los hermanos el gozo y la alegría de la luz de la fe.



PARA REFLEXIONAR PERSONALMENTE Y EN COMÚN

- ▶ ¿Qué semejanzas ves entre tu proceso de fe seguido a lo largo de estos años del catecumenado y la experiencia de los discípulos de Emaús?
- ▶ ¿Qué acontecimientos te han llevado a experimentar la tentación de huir de Jerusalén y tratar de comenzar a caminar en otro sentido? ¿Qué es lo que hizo que, en última instancia, te mantuvieras y perseveraras en el propósito de continuar adelante en el camino del catecumenado?
- ▶ ¿En qué medida piensas que tu experiencia te puede servir para comprender a otros a los que, a su vez, también les cuesta ver a Dios en su vida y reconocer en Jesús al Cristo, al Mesías, al único Salvador?
- ▶ Después de los años de catecumenado, ¿cómo entiendes y qué significa para ti lo que Jesús les dice a los de Emaús: «¿no era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria»?
- ▶ ¿Tu fe en Jesús resucitado te lleva a leer las Escrituras con mayor asiduidad y realmente puedes decir que encuentras en ellas a un Jesús vivo y presente que te habla y ayuda a mirar los acontecimientos con una luz nueva?
- ▶ ¿En qué momentos tú también has sentido, como los de Emaús, ese arder de las entrañas y del corazón y has reconocido que el Señor estaba cerca y te hablaba?
- ▶ ¿Qué experiencias de compartir la casa y el pan son las que te han abierto los ojos para llegar a reconocer a Jesús en las personas que Dios ponía en tu camino?
- ▶ A la luz de este relato, ¿cómo explicarías a otra persona por qué no se puede ser cristiano de forma meramente individual y por libre?
- ▶ ¿En qué concretamente ha cambiado tu forma de percibir la necesidad del ministerio de Pedro y de los apóstoles en la Iglesia tal y como se continúa en la figura del Papa y del colegio de los obispos?



Señor, me enseñarás el sendero de la vida

A la luz de la Pascua podemos afirmar sin temor a equivocarnos que haber conocido al Señor, haber creído en él y haberle seguido ha sido lo mejor que nos ha podido suceder en la vida; ninguna otra suerte, golpe de fortuna o acontecimiento feliz es comparable a él, porque todas las demás cosas buenas que nos hayan sucedido (o nos vayan a suceder) son por naturaleza temporales, y lo mismo que vienen se van; en cambio esta es la suerte, el lote y la heredad que durará para siempre.

- Por eso, con este salmo la Iglesia nos invita en la liturgia de este domingo a gozar de nuestra gran fortuna, que no es ni el oro ni la plata, ni todos los tesoros de este mundo reunidos, sino simplemente “el Señor”, nuestro único bien, el único que es de verdad absoluto, para siempre.
- Vivir apoyados en esta roca inmovible nos tiene que llevar a mantener una actitud fundamental en la vida: la confianza. No podemos decir que somos cristianos, que creemos que Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos, y luego vivir con miedo y con inseguridad como si nuestra suerte dependiera de otros factores, de otras fuerzas, las fuerzas de este mundo que se presentan tan poderosas a nuestros ojos. Jesús murió condenado por ellas, pero el Padre le resucitó y ese hecho lo cambia todo. Teniendo esto presente, no hemos de vacilar.
- Dejemos que el corazón nos arda como les ardía a los dos discípulos de Emaús. Se trata de un fuego que enciende en nosotros el Espíritu y que nos habla de la cercanía del resucitado, que está y se hace sentir aun que nuestros ojos por el momento no le puedan ver. Y si el Espíritu del resucitado habita en nosotros, hemos de estar seguros de que también resucitará nuestra carne mortal.
- Nuestra morada eterna no es, por tanto, el sepulcro, ni la corrupción la meta de nuestra vida. Somos coherederos con Cristo y nosotros también hemos de resucitar.
- Lo importante es que no perdamos la senda de la vida, de esa vida que será alegría perpetua y gozo que no tendrá fin. Señor, enséñanos ese sendero y no permitas que nada nos aleje del camino que lleva hasta ti.

R. Señor, me enseñarás el sendero de la vida.

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.»
El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano. **R.**

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. **R.**

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. **R.**

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha. **R.**

